

2: LA PRIMERA BATALLA DE RIVAS

Recibimiento en León — La Falange Americana — Walker es nombrado Coronel — Sale para el Departamento Meridional — Batalla de Rivas — Lucha Desesperada — Pierde la Batalla — Regresa a León.

Walker inició la marcha por tierra hacia León y cuando los americanos se aproximaban a la ciudad contemplaron ante ellos una llanura que parecía sin límites por su extensión y por su belleza; a los baluartes de las cumbres montañosas se sucedían hondonadas y valles con abundancia de las más exquisitas frutas tropicales. Remontándose casi hasta la bóveda celeste, descollaba el volcán El Viejo hacia el norte, mientras el Momotombo y volcanes menores diseminados en otras direcciones cubrían desde el Golfo de Fonseca hasta el Lago de Managua; como solitario centinela, la torre de la gran catedral de León custodiaba la ciudad.

El general Castellón recibió con cordialidad y efusivas expresiones de confianza a Walker y sus compañeros americanos, llamándolos *La Falange Americana*.

Después de la retirada del ejército democrático de Granada a León, el Gobierno Provisorio agotó todos sus esfuerzos para sostener las tropas y presentarle al enemigo un frente sólido. Chamorro no había permanecido ocioso; por el contrario, engrosaba constantemente su ejército y acumulaba recursos pues, mediante informes detallados que recibía, se mantenía al tanto de los incentivos ofrecidos por Castellón para enrolar combatientes en los Estados Unidos. Chamorro logró conseguir que la República de Guatemala le ayudara en la guerra contra los democráticos, y el general Guardiola, uno de los mejores generales guatemaltecos, ingresó a Nicaragua con un fuerte contingente de tropas.* Guardiola era el terror de los pueblos y debido a su crueldad se le llamaba *El Carnicero de Centroamérica*.

La retirada de Granada hizo caer en desgracia, como comandante del ejército, al general Jerez y lo sustituyó el general Muñoz, quien tenía la

* El general Santos Guardiola era hondureño.

reputación de ser un buen oficial, pero lo corroía el egoísmo y aborrecía a los americanos.

A su llegada, éstos vieron con recelo la primera acción de Muñoz, y Walker a duras penas logró evitar un choque armado, demostrando en ello su temple y su carácter, y fijando de inmediato la posición que ocuparían los americanos. El general Muñoz ordenó dividir la Falange en escuadras pequeñas bajo el mando de oficiales del país, en tanto que los oficiales de la Falange, ya seleccionados, ocuparían cargos inferiores a las órdenes de Muñoz. Walker se opuso al instante a ese ardid de Muñoz, e insistió en continuar al mando de los americanos, lo que finalmente le fue concedido. El 20 de Junio de 1855 Walker recibió su nombramiento de coronel, Achilles Kewen el de teniente-coronel y Timothy Crocker el de mayor, siendo todos asignados a *La Falange Americana*.

Según la constitución de 1838, bastaba una simple declaración de propósito para que cualquier persona nacida en América adquiriera la ciudadanía nicaragüense;* de conformidad con esta cláusula, los integrantes de la Falange se hicieron ciudadanos de la República, gozando de todos los derechos y privilegios de los naturales.

Walker inmediatamente recibió órdenes del gobierno democrático para preparar una expedición contra el ejército legitimista en la ciudad de Rivas, y el 23 de Junio se dirigió a El Realejo con la Falange y con 150 nativos al mando del coronel Ramírez; ahí abordó el *Vesta* y zarpó en dirección a San Juan del Sur. Al anochecer del 27 de Junio desembarcó en El Gigante, a escasas leguas al norte de San Juan, y a pesar de la oscuridad y del torrencial aguacero que caía, inició su marcha hacia Rivas, ciudad de 15 mil almas situada a 25 millas de distancia.**

La oscuridad aumentó a medida que avanzaba la noche, y el diluvio arreció, empeorando las molestias de la marcha. Tales dificultades, sumadas a la necesidad de apartarse del camino principal a fin de que el enemigo no se diera cuenta de su presencia, obstaculizaron y retardaron su avance; a menudo se perdía la senda, debiendo los guías buscarla a tientas.

* Al hablar "de los Nicaragüenses i de los Ciudadanos", la constitución de 1838 estipula en su Artículo 20: "Son naturalizados... los naturales de las otras Repúblicas de América, que vinieren a radicarse en el Estado, manifestando su designio ante la autoridad local..."¹

**Según Scherzer, en 1854 la población de Rivas se estimaba en 12,000 habitantes;² Wheeler le adjudica 6,000 en 1856.³ Además de los efectos de la guerra que asoló el país entre ambas fechas, la diferencia puede atribuirse a que Scherzer incluye media docena de aldeas — Obraje [Belén], Buenos Aires y Potosí entre ellas — como parte de la ciudad, a la que define como "un conglomerado de seis o siete aldeas indígenas conectadas entre sí, en el centro de las cuales está ubicada la auténtica ciudad de Nicaragua [Rivas]".⁴

Temprano en la mañana del 28 de Junio acamparon y desayunaron en un denso bosque, junto a una vieja choza de adobes. Aquello parecía una caravana de gitanos; empapados por los chaparrones, barbudos y con el pelo enmarañado, los soldados presentaban un aspecto salvaje y feroz. Habiendo escampado la lluvia, tras un descanso de breves horas se reanudó la marcha a través de la tupida maleza, pero al caer la noche se desató otro tremendo aguacero.

El plan original de Walker era atacar Rivas en la noche del 28 de Junio; eso ahora era imposible. Al entrar a la aldea abandonada de Tola, su vanguardia encontró los primeros retenes enemigos, matando e hiriendo a algunos soldados chamorristas, y escapando los demás. En adelante ya no se podría sorprender al enemigo, por lo que resultaba innecesario esconderse.

Después de una pesada y agotadora marcha abriéndose paso en la maleza, bajo la lluvia y chapaleando lodo, la pequeña heroica banda, calada hasta los huesos, en harapos y con los pies adoloridos, avistó Rivas el 29 de Junio a eso de mediodía. Haciendo alto sólo el tiempo indispensable para impartir a los oficiales las órdenes pertinentes, Walker encabezó el ataque contra un bastión defendido por fuerzas cuyo número se sabía era veinte veces superior al suyo.

*Brota en chorros la sangre vital hirviente sobre las cabezas;
Entremezclándose los vivos con los muertos, confundándose;
Tropieza al moverse entre los caídos el pie,
Mientras de nuevo su atroz salvajismo el conflicto recrudece.*

Inmediatamente comenzó una lucha cuerpo a cuerpo en la que el coraje se enfrentó a los números. Para agravar los peligros ya a la vista, el coronel Ramírez y su contingente nativo desertaron sin disparar un tiro, en cumplimiento (súpose después) de las instrucciones secretas que el general Muñoz le diera a Ramírez antes de salir de León. Puerta con puerta y de casa en casa, una lucha desigual se entabló durante cuatro largas y sangrientas horas, en que cayeron sin vida varios de los más valientes oficiales de Walker. Primero, el bizarro teniente-coronel Achilles Kewen se desplomó de un balazo en el corazón; después, se tambaleó el intrépido *boysoldier* mayor Timothy Crocker y manando sangre por la boca, con una sonrisa en su rostro de niña, cayó para no levantarse más. Los muertos y heridos yacían por todos lados. Walker rindió el tributo más alto a la memoria de Kewen y Crocker cuando escribió: "Pero no era con cifras que debían computarse las pérdidas de los americanos. El caballeresco

espíritu de Kewen valía más que una hueste de hombres comunes y corrientes; y la muerte de Crocker fue una pérdida irreparable. Muchacho en apariencia, pequeño de tamaño y con rostro casi femenino por su delicadeza y por su belleza, en su pecho latía el corazón de un león”.

Por último, los americanos fueron acorralados en una casa grande, en la intersección de una calle lateral; y con varios centenares de refuerzos llevados por el coronel Manuel Bosque, el enemigo se aprestó para asaltar a Walker y su tropa, y destrozarlos a fuerza de superioridad numérica.*

Esto era alrededor de las cuatro de la tarde, y la situación de la pequeña banda lucía en extremo desesperada. Abandonados por sus aliados nativos, con numerosos oficiales caídos, y muertos o heridos muchos de los soldados más valientes, el aniquilamiento de los americanos parecía cosa de minutos. Los clarines y los tambores enemigos llenaban el aire con las notas triunfales del asalto final.

Pero en medio de toda esa algarabía, confusión y exultación del enemigo anticipando la victoria, Walker en ningún instante perdió la serenidad ni la confianza; tampoco pudieron detectar el menor cambio en su semblante, en su voz o en su comportamiento sus amigos más cercanos que permanecieron a su lado en esos momentos de prueba. Por todas las apariencias, estaba tan impassible y calmo como las paredes mismas de la casa en donde se sostenía la pequeña banda, a la espera del asalto que, en sus adentros, todos sabían habría de venir.

Llegó por fin, y con él, millares de balas acribillaron muros, puertas y ventanas mientras un selecto piquete enemigo se abalanzaba contra la entrada principal. Walker, Hornsby, Markham y una docena más de héroes, enfrentaron el asalto espada y pistola en mano y tras desesperada lucha cuerpo a cuerpo hicieron retroceder a los asaltantes, o los dejaron tendidos junto al umbral de la puerta.

Si las perspectivas de Walker eran precarias antes, ahora, después del asalto, parecían nulas pues a consecuencias del batallar y de las heridas, sus hombres se hallaban ya exhaustos. Viendo que el enemigo se preparaba para repetir el ataque y quemar la casa, Walker dio la orden de salir y abrirse paso peleando. Entretanto el enemigo recibió nuevos refuerzos,

* Jamison no se encontraba en Nicaragua cuando se libró esa batalla; sus datos los tomó de los libros de Walker y Doubleday confundiendo, al copiar, al coronel Bosque con el coronel Argüello. Walker informa: “Al recibir la noticia de que Walker había zarpado de El Realejo, Corral envió al coronel Bosque con fuerzas a Rivas; al llegar, Bosque comenzó a construir barricadas y a reclutar gente en la ciudad para engrosar su ejército... el coronel Manuel Argüello, quien acababa de llegar con refuerzos de San Juan del Sur, inició un enérgico tiroteo sobre el flanco izquierdo de los americanos...”⁶

cerró sus líneas rodeando totalmente a los americanos y se disponía a avanzar para arrollarlos a punta de fuerza bruta.

Empuñando pistolas y espadas, la pequeña banda de americanos se agrupó detrás de Walker y sus oficiales, listos a salir. Profiriendo alaridos y maldiciones, saltaron de pronto a la calle y cayeron sobre las líneas enemigas como tigres, tajeando literalmente sangre y huesos hasta abrirse paso y alejarse de la ciudad; el enemigo cedió en todas partes, como apoderado de un terror sobrenatural. Nadie esperaba esa arremetida por la libertad y la vida, y fue tan repentina que paralizó totalmente al adversario, cuyos soldados huyeron consternados y no lograron volver en sí ni recuperar el valor a tiempo para perseguir y hostigar a Walker y sus hombres. Los americanos continuaron caminando hasta medianoche, hora en que acamparon en una pequeña loma cerca de la vía del Tránsito; se pasó lista; de cuantos valientes e intrépidos soldados habían entrado a Rivas ese día, menos de cuarenta respondieron *presente* a la llamada del rol a medianoche.

Después de retirarse los americanos, el ejército legitimista, fiel a sus instintos españoles, asesinó a los heridos que, por azares de la guerra, quedaron indefensos en el campo de batalla, y quemó los cadáveres de quienes cayeron en lucha honrosa.

Al día siguiente prosiguieron en retirada a San Juan del Sur, en donde esperaban encontrar al bergantín *Vesta*, pues se le había ordenado surcar rondando la bahía hasta que se supiera el resultado de la batalla. Al no tener noticias del velero, Walker se apoderó del bergantín costarricense *San José*, en el que embarcó su gente y zarpó en busca del *Vesta*.

Previo al abordaje del *San José*, cuando Walker llegó a San Juan del Sur la tarde del 30 de Junio, su tropa presentaba un aspecto lamentable; muchos de ellos sin sombrero, descalzos y con la ropa hecha jirones; quien cubierto de sangre reseca, quien cojeando a causas de las heridas, algunos otros con los brazos en cabestrillos improvisados, y todos ofreciendo un cuadro como solamente puede vérselo después de haber perdido una batalla. Pero ninguno de entre ellos se descorazonó y ningún labio dejó escapar suspiros de pesadumbre, excepto por los gallardos caídos; cada uno se aferraba a su revólver y a su rifle con idéntico amor y afecto con que asiría el objeto más preciado en la vida, porque nadie sabía en qué momento podrían lanzarse contra el ejército en retirada las aplastantes masas de un enemigo victorioso. Los ánimos se reconfortaron, sin embargo, ante el convenio y la decisión solemnes de no dejar nada por hacer hasta vengarse de quienes mataron y mutilaron a aquéllos cuya sangre tñó de

escarlata las calles de Rivas. Los campos de batalla de Nicaragua demuestran apenas demasiado bien cuán devotamente fue cumplida esa promesa.

Una persona cualquiera habría perdido toda esperanza después de un desastre inicial como éste, pero la pérdida de una batalla, por desalentadora que fuese, jamás hizo vacilar a Walker en la prosecución de sus designios. Si deploró el resultado de Rivas, nadie lo supo de sus labios ni por su semblante. Sin duda alguna lo sintió muy hondo, pero la habilidad de ocultar sus pensamientos y de mantener el aspecto más plácido y suave en las mayores tribulaciones no la perdió un solo instante; esa peculiaridad no era fingida, sino parte de su naturaleza, como la carne y la sangre de que se componía su organismo. Lo que para otros hombres eran obstáculos insuperables, Walker lo descartaba con un simple ademán de la mano.

Así terminó, en derrota mas no en desgracia, el primer conflicto armado entre *La Falange Americana* y el ejército legitimista; según todas las apariencias, este último quedaba con el dominio absoluto del Departamento Meridional. Que esa creencia era errónea fue demostrado, y muy pronto, por los eventos subsiguientes, cuando Walker regresó y les hizo danzar unos compases marciales que ellos nunca habían escuchado antes.

Esa noche, mientras Walker y sus hombres descansaban y recuperaban fuerzas a bordo del *San José* en aguas de la bahía de San Juan del Sur, repentinamente estalló en llamas el cuartel del pueblo; el resplandor del incendio enrojecía el cielo, reflejándose en el agitado oleaje del mar. Walker y uno o dos de sus oficiales se hallaban sentados en el alcázar del barco al momento de descubrirse las llamas.

Inmediatamente se destacó un oficial para establecer la causa y se averiguó que Sam, un marinero, y Dewey, un proscrito de la justicia californiana y de otras, por criminal, habían iniciado un incendio en la población con el propósito de robar, sabiendo que la culpa recaería sobre Walker y sus hombres, alejando así las sospechas de los verdaderos incendiarios. El marinero era dueño de una lancha, utilizada para el tráfico de cabotaje, que estaba sujeta a la popa del *San José*.

El marinero Sam fue capturado y conducido ante Walker, a quien le hizo confesión completa de todo lo ocurrido. Walker ordenó que se le llevara a la costa y lo fusilasen de inmediato, prendiendo luego sobre su ropa una nota que diría por orden de quién y por qué motivo se le había ejecutado. La noche era oscura y el pelotón encargado de ejecutar a Sam lo dejó escapar, sin que nunca se averiguara exactamente cómo.

Dewey tuvo menos suerte. No quiso rendirse y se refugió dentro de

la lancha pocos minutos antes de que el *San José* levantara anclas y se hiciera a la mar, llevándola a remolque. Con Dewey, en la lancha, iba una mulata, amante de Sam el marinero. Cuando Dewey rehusó rendirse, Walker apostó a varios rifleros escogidos en sitios estratégicos desde donde pudieran cubrir la lancha, con órdenes de disparar caso de que Dewey intentara desatrascarla del *San José*; a la mujer se le previno repetidas veces sobre la conveniencia de mantenerse fuera de vista, pues no se harían esfuerzos para resguardarla si se hacía necesario dispararle a Dewey.

El *San José* navegaba cerca de la costa, cuando Dewey salió súbitamente de su escondite en la lancha, con una pistola en cada mano, dispuesto a soltar las amarras y escapar, o perecer en la intentona. Dos disparos de rifle sonaron en la cubierta del *San José* y Dewey se tambaleó, cayendo hacia atrás en el fondo de la lancha con una bala en el cerebro, y con las pistolas aún empuñadas por el paroxismo de la muerte. Por desgracia, una de las dos balas que alcanzaron a Dewey le atravesó el cuerpo e hirió gravemente a la mujer, a quien él había obligado a ponerse delante cuando salió. La mujer fue trasladada a bordo del *San José* donde se le curó la herida y luego sanó.

El cadáver de Dewey fue envuelto en una sábana, le fijaron pesas a los pies y se lanzó sobre la borda del *San José*, desapareciendo para siempre en las profundidades del Pacífico azul.*

A primera instancia, este incidente puede parecer un acto de barbarie por parte del coronel Walker, pero se debe recordar que allí no había ningún tribunal civil ni militar en funciones para juzgar a sujetos como Dewey; y dejarlo libre era proclamar ante el país entero que Walker aprobaba el imperdonable incendio y pillaje de pueblos y ciudades. Las propiedades destruidas por el fuego en San Juan del Sur pertenecían, en su mayoría, a ciudadanos simpatizantes de los legitimistas y, en consecuencia, eran

* Un vecino de San Juan del Sur, pasajero del vapor *Uncle Sam* que zarpara de dicho puerto el 31 de Julio, refirió en San Francisco los siguientes detalles de los sucesos: Oliver Dewey y Samuel Planchet, dos marineros que se encontraban en el lugar, propusieron a Walker el saqueo e incendio del pueblo, pero Walker rehusó la propuesta y los amenazó con un fuerte castigo si intentaban llevarla a cabo.⁹ Dewey y Sam, de todos modos, le pegaron fuego al cuartel después que Walker y su gente abordaron el bergantín, dirigiéndose luego en una lancha a la embarcación de Walker; éste arrestó inmediatamente a Planchet; Dewey no quiso subir a bordo y fue muerto de un balazo por un soldado de Walker cuando procuraba soltar las amarras de la lancha con el bergantín. La bala que mató a Dewey dio también en el pecho a una mujer nicaragüense que lo acompañaba; la mujer falleció después a consecuencias de la herida.

Las versiones de Walker y de Doubleday en quienes se documenta Jamison, son esencialmente similares, aunque difieren en detalles; ambos afirman que la mujer sanó de la herida. Doubleday fue el encargado de manejar la lancha después de la muerte de Dewey, así como de arrojar su cadáver al mar.⁷

enemigos de los americanos.

Poco después de esa tragedia fue avistado el bergantín *Vesta* y dándole alcance trasbordaron las fuerzas de Walker para alivio del capitán del navío costarricense, quien se alegró al quedar libre de ese servicio militar interino. Temprano en la mañana del 1 de Julio el *Vesta* ancló en El Realejo.* Allí el coronel Walker escribió su informe de la batalla de Rivas del 29 de Junio acusando abiertamente al general Muñoz de ser cómplice secreto del enemigo en su derrota y pidiendo que una corte de investigación indagara sobre la conducta de Muñoz.

Walker estaba tan colérico que amenazó con retirar la Falange Americana del servicio militar. Eso afligió mucho al Presidente Castellón, quien, casi de hinojos, suplicó a Walker que no abandonara la causa democrática. Incluso hasta envió al general Mariano Salazar, uno de los líderes democráticos más poderosos, a implorarle que desistiera de sus amenazas. Walker finalmente cedió, desembarcó sus tropas y marchó a León, dejando a los heridos en Chinandega.

El Presidente Castellón recibió a Walker con extrema cortesía, y con diplomacia logró concertar una entrevista personal entre éste y el general Muñoz; sin embargo, la antipatía que se tenían ambos era tan intensa, que se separaron sin trabar amistad. Walker propuso que si el Presidente Castellón le asignaba doscientos soldados nativos, con oficiales que escogería el mismo Walker, regresaría con ellos y la Falange al Departamento Meridional y desalojaría de allí al enemigo. El general Muñoz objetó esos planes y de nuevo insistió en dividir a los americanos en unidades pequeñas bajo el mando de oficiales nativos.

Esto enfureció mucho a Walker, quien declaró enfáticamente que no se haría así. La situación llegó a un punto crítico y por unos momentos los americanos estuvieron en peligro. Con menos de cincuenta hombres, a muchas millas de distancia de su barco —única esperanza de escape en caso de haber un combate y salir derrotados— Walker y su Falange estaban rodeados por fuerzas veinte veces superiores en número, con el general en jefe del ejército democrático exigiendo el desmembramiento de sus cuadros, lo cual irremisiblemente dejaría a los americanos a su merced. Para empeorar esta perspectiva siniestra, el general Muñoz envió de 400 a 500 soldados nativos a ocupar posiciones en las casas aledañas y frente

* Jamison tomó la fecha de Walker y está errada. La batalla de Rivas fue el 29 de Junio por la tarde; esa noche los americanos durmieron en el camino entre Rivas y San Juan del Sur; el 30 por la tarde entraron al puerto y pernoctaron a bordo del *San José* para zarpar en la mañana del 1 de Julio; esa tarde trasbordaron al *Vesta* en alta mar y arribaron a El Realejo la mañana siguiente, 2 de Julio.⁸

al cuartel de los americanos.

Era imposible equivocarse acerca de lo que eso significaba. Walker, sin embargo, no dejó entrever señal alguna de alarma, y tranquilamente ordenó a sus hombres que permanecieran dentro del cuartel con las armas a mano, listos para actuar al instante. Después de hacer esto, Walker envió un ayudante adonde Castellón para informarle que, si las tropas nativas no se retiraban en una hora, las consideraría hostiles y actuaría de conformidad con ese concepto.

Se cree que Castellón ignoraba lo que había hecho Muñoz, porque las tropas nativas por orden del Presidente desocuparon sus posiciones en menos de una hora. Al cuartel de Walker llegaron unas carretas de bueyes que le habían prometido para su transporte, y la Falange abandonó León sin ser molestada, tomando el camino rumbo a Chinandega.



FUENTES

- ¹ "Constitución política del Estado soberano, libre e independiente de Nicaragua, reformada i sancionada por su Asamblea constituyente en 12 de Noviembre de 1838", *Recopilación de las Leyes, Decretos y Acuerdos Ejecutivos de la República de Nicaragua, en Centro-América*, formada por el Señor Doctor y Maestro Licenciado Don Jesús de la Rocha a virtud de comisión del Señor Senador Presidente Don Fernando Guzmán, refrendada por el señor Ministro del Interior Doctor Don Rosalío Cortez, Granada — 1861, Managua: Imprenta del Gobierno, 1867, pp. 369-370.
- ² Carl Scherzer, *Travels in the Free States of Central America: Nicaragua, Honduras, and San Salvador*, London: Longman, Brown, Green, Longmans, & Roberts, 1857, Vol. I, p. 48.
- ³ John Hill Wheeler, "Nicaragua, The Centre of Central America; its Past History, Present Position and Future Prospects" (manuscrito inédito en *The Library of Congress*, Washington, D.C.), p. 228.
- ⁴ Scherzer, *op. cit.*, p. 47.
- ⁵ Walker, *op. cit.*, pp. 47, 51.
- ⁶ *Daily Herald*, San Francisco, 12 de Agosto de 1855, p. 3, c. 3.
- ⁷ Walker, *op. cit.*, pp. 58-63; C. W. Doubleday, *Reminiscences of the "Filibuster" War in Nicaragua*, New York and London: G. P. Putnam's Sons, The Knickerbocker Press, 1886, pp. 140-148.
- ⁸ Walker, *op. cit.*, pp. 47-64.